

Sidney Mintz

Worker in the Cane

Editorial W.W. Norton, New York, 1974
[1960] 288 págs.

Versión en español: Taso. Trabajador de la caña, Río Piedras, Ediciones Huracán.

En el continente latinoamericano, la obra de Sidney Mintz, una de las más grandes figuras vivientes de la etnología caribeña y de la antropología americana en general, se conoce menos que la de su compañero de estudios en la Universidad de Columbia, colaborador y amigo de toda la vida, Eric Wolf. La obra de Wolf se concentra en las comunidades indígenas y campesinas del altiplano continental, como sitios de resistencia a y negociación con un sistema capitalista global exterior a ellas, estableciendo un paradigma hasta hoy hegemónico en la etnología latinoamericana. Mintz, en cambio, se especializó en las Antillas, con sus culturas e historias formadas en el crisol del comercio triangular, la esclavitud y la producción de azúcar. Debería estar claro que estas dos realidades regionales no son más que diferentes manifestaciones íntimamente relacionadas de la quincentenaria historia latinoamericana, pero no siempre lo es. De hecho, una de las muchas razones por las que vale la pena reconocer los aportes de Mintz a los estudios rurales latinoamericanos es que el ejercicio nos puede ampliar la visión estrecha de lo que es Latinoamérica -que nos impone la marginalización del Caribe-. Pero ampliarla también implica desarrollar nuevas perspectivas teóricas y metodológicas que nos acerquen a la complejidad del continente y, para ello, la obra de Mintz es fundamental.

Worker in the Cane (1974 [1960], publicado en español con el título *Taso. Trabajador de la caña* en 1988) fue la primera monografía de Mintz, pero no su primera contribución a la etnografía del Caribe. Bajo la supervisión de su asesor, Julian Steward (teórico de la evolución y de ecología culturales), trabajó en un

proyecto cuyos resultados aparecerían en un tomo de autoría colectiva, *The People of Puerto Rico* (1956)¹. Organizado por la Universidad de Puerto Rico, el proyecto pretendía describir los cambios históricos y ecológicos que habían transcurrido en la isla desde el fin de la ocupación española, o sea, a una escala que para el enfoque en las relaciones cara a cara y sincrónicas de la antropología en esa época representaba un reto metodológico. Para enfrentarse a ello, Steward desplegó a sus estudiantes en toda la isla para que realizaran una serie de estudios comunitarios entre grupos escogidos por ser “representativos” de diferentes aspectos de la economía política de Puerto Rico: cultivadores de café, trabajadores en una plantación de azúcar, la élite, etc. El conjunto de estas piezas, se suponía, formaría un retrato de la nación entera. Para Mintz (y para el mismo Steward (1957:5), quien reconoce en la introducción al libro que “La cultura puertorriqueña... es más que un mosaico de sus subculturas”) este híbrido de métodos antropológicos con unidades de análisis sociológicas fue menos, no más, que la suma de sus partes. *Worker in the Cane* es la respuesta de Mintz a las inquietudes despertadas por este fracaso.

La propuesta del libro es en apariencia simple: es la historia de vida de Anastasio “Taso” Zayas, un hombre puertorriqueño de unos cincuenta años, que trabaja desde la niñez en el cultivo de la caña, siempre como empleado de alguna gran plantación, y que se convierte a la religión pentecostal en la madurez. La mayoría de la narrativa consiste en las palabras más o menos textuales de Taso, con sus idiosincrasias lingüísticas, su preocupación de hombre siempre al borde de la ruina con los montos exactos de ganancias y pérdidas de décadas atrás, y su orgullo de trabajador en precisar los detalles de las tareas

1 Julian Steward *et. al.*, 1956, *The People of Puerto Rico*, University of Illinois Press, Urbana, Illinois.

que realiza. La estructura de la narrativa, sin embargo, la pone Mintz, ordenando las diversas conversaciones que tuvo con Taso durante años en capítulos que siguen una cronología de vida lineal. Vemos a Taso aprendiendo diferentes trabajos con la caña, uniéndose a un partido político socialista como respuesta a un insulto del hacendado local y luego a otro y, al final, entrando a la iglesia evangélica que, según Taso, le quitó un dolor que tuvo desde niño y le cambió el sentido de la vida. Contrapuestos con el desarrollo de esta vida pública están las alegrías y los dolores de la vida en familia de Taso. Con su mujer, Elí, Taso tuvo a trece hijos, tres de los cuales se murieron en la infancia: el retrato de Taso como patriarca sufriente es el elemento que redondea su historia.

Menos sutilmente que en la estructura, se nota también la mano del etnógrafo en un capítulo que describe el barrio donde vive Taso, en la conclusión, y en cortas secciones al final de cada capítulo. Aquí Mintz sitúa las aseveraciones de Taso en su contexto histórico, material y cultural, a veces contradiciendo a su informante, como cuando balancea su insistencia en que el color de piel no importa en Puerto Rico (Taso es blanco) con observaciones que sugieren otra cosa (p. 95). Estas intervenciones dejan claro que para Mintz el tema central de la vida de Taso (aunque él mismo no lo diga) son los cambios radicales que se han dado en Puerto Rico bajo la ocupación y la colonización norteamericana.

En resumen, *Worker in the Cane* es una historia de vida modelo, entretenida y conmovedora, rica en detalles que nos hacen apreciar a Taso como hombre y sentir su entorno, y de mensaje intelectual y político bastante claro. Y de hecho, sirvió de modelo para muchas historias de vida más. Sin embargo, este perfeccionamiento de lo que podemos posteriormente reconocer como las convenciones de este género antropológico no debe cegarnos a lo innovador que fue. Como

Mintz señala en un prólogo a la segunda edición, ésta no fue la primera historia de vida escrita por un antropólogo, pero las anteriores “venían de sociedades del tipo llamado ‘primitivo’... los antropólogos no habían escrito casi ninguna biografía de una persona clase obrera occidentalizada”. Este rechazo a lo exótico y lo simbólico como materia propia de la “cultura” en su sentido antropológico a favor de algo que se podría llamar el materialismo histórico se deriva en parte del evolucionismo de Steward, pero transforma esta influencia en algo radicalmente distinto. Es tal vez difícil ahora apreciar el efecto silenciador que ejercía el mccarthyismo en la época en que Mintz escribió este libro, pero Mintz asegura que al hablar de “historia” o “clase obrera” y enfocarse en la economía política uno ya rozaba con sus límites. Aunque nunca menciona a Marx, *Worker in the Cane* abre la puerta a una antropología profundamente marxiana, que se contrasta fuertemente con la corriente “modernizadora” que imperaba entonces en la visión norteamericana del sector rural latinoamericano. Presentándonos a Taso como héroe proletario, Mintz urge a sus colegas norteamericanos a remplazar la prepotencia intelectual imperialista con la solidaridad política, ayudando a abrir una conversación entre norteamericanos y latinoamericanos sobre como se debe manifestar esa solidaridad que persiste hasta hoy.

Sin embargo, aquí me gustaría resaltar una herencia tal vez menos obvia que la política, es decir la metodológica. Después de tantas críticas a la antropología “tradicional” por su expropiación de las voces de sus informantes -y aún reconociendo la fuerte presencia de Mintz en el libro- es sorprendente darse cuenta de la multivocalidad *avant la lettre* que está en juego en este texto de hace casi medio siglo. En la introducción, Mintz incluye dos pequeños relatos que Taso mismo escribió sobre su vida que no coinciden mucho con la “historia de vida” que va a construir Mintz,

pero además de notar que los relatos “provocan muchas preguntas”, Mintz los deja hablar por sí mismos. Suele intercalar sus preguntas para Taso con las respuestas que da éste, y así podemos ver como a veces Taso se incomoda por ciertas insistencias de Mintz -sobre el sexo, por ejemplo (p. 163-165), o sobre su conversión a una religión con la que sabe que Mintz no simpatiza (capítulo 7). Con frecuencia le da la voz a Elí, la esposa de Taso, para presentar otra perspectiva sobre la vida familiar.

Esta franqueza sobre la producción del conocimiento es inusual, y lo fue aún más en 1960. Pero a Mintz le daría mucha rabia que alguien lo considerara como precursor de la corriente autorreflexiva y textual que se apoderó de la antropología norteamericana en los años noventa y que él despreciaba. Para él, exponer su relación con Taso como parte de su análisis sirve a otro propósito, que es insistir en la individualidad de Taso como persona, su no-representatividad de algo más allá de él mismo: “Taso... no es un ‘promedio’ -ni un hombre promedio, ni un puertorriqueño promedio, ni un trabajador de la caña de la clase baja puertorriqueña” (p. 11). Mintz está dispuesto a contextualizar la situación de Taso, pero no a convertir esta situación en un metónimo de algo más (una cultura, una comunidad o una nación). Las contingencias de

la historia de vida de Taso aparecen en esa historia porque son, irreduciblemente, parte de ella.

Esta insistencia es más que un rechazo a las comunidades “representativas” de Steward: es un principio metodológico positivo. Mintz quiere romper la cadena de tipificaciones, en la que una persona habla por una cultura, y una cultura por una nación, de la que muchas veces depende la argumentación científica social, sin remplazarla con un simple individualismo metodológico. Nos reta a investigar la realidad en toda su particularidad concreta: es decir, personas, cosas o eventos, sean cuales sean, figuran como ellos mismos en las relaciones sociales a través de diferentes escalas, incluyendo la del sistema capitalista global. Taso no es un trabajador de la caña promedio, sino un trabajador de la caña cuya vida ha sido forjada por las grandes corrientes de la historia norteamericana de manera visible, entendible, demostrable, hasta cuantificable. El gran logro de Mintz es comprobarnos esta verdad en un texto tan sencillo y lúcido que la tarea de trazar estas conexiones a través de tiempos y espacios vastos no nos parece difícil. Lo es -no nos engañemos- pero Mintz nos puede servir de guía en nuestras labores.

Carlota McAllister